

QUILINTAY
LA LUZ DEL ANOCHECER

Benito González García

QUILINTAY
LA LUZ DEL ANOCHECER

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Benito González García

ISBN: 979-13-992977-0-6

ISBN digital: 979-13-992977-1-3

Depósito legal: M-24961-2026

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A todos los que habéis sembrado
en mí la amistad y el cariño.
Gracias.*

NOTA DEL AUTOR:

Esta novela nació del deseo de explorar un tiempo en el que la tierra americana aún ardía bajo el peso de los sueños y los miedos europeos. El siglo XVII en Sudamérica fue un territorio de luces y sombras: entre la fe y la superstición, el oro y la pobreza, la palabra escrita y el silencio impuesto por la espada.

He querido reconstruir ese mundo no como un registro histórico, sino como un latido enfrentado a las múltiples religiones que coexistieron en aquella época entre los cristianos y las distintas tribus.

Las conspiraciones, los secretos y lealtades quebradas que recorren estas páginas son solo invenciones de la imaginación de este autor, que pretende ofreceros la belleza de intentar llenar los vacíos del pasado.

Cada personaje, real o ficticio, encarna una lucha por la supervivencia, esa verdad esquivada que, en el siglo XVII, podía condenar o liberar.

No es una novela sobre el pasado, sino lo que el pasado pudo ofrecer y jamás fue contado.

Para cerrar, deciros que para facilitar la lectura he nombrado a algunos animales como los conocemos aquí, obviando, con vuestro permiso, la verdadera definición en aquellos lugares. Ejemplo: «lobo» es denominado «aguará guazú» (parecido a un zorro grande). Utilizo «pantera negra» cuando se llama en verdad «yaguarate's negro» (mezcla entre pantera e hiena).

Gracias por leerme.

BENITO GONZÁLEZ GARCÍA



VIRREINATO DE PERÚ



PERSONAJES DE LA NOVELA	
Familia de FIDENCIO - Padre: Fidencio - Madre: Penélope - Hija: Sira - Maestro de la Clerecía: Juan Gómez de la Mora - Recién nacida: Amalia PALACIO DE MADRID - Conde-duque de Olivares (Gaspar de Guzmán) - Diego Velázquez FUERTE EL SALVADOR - Capitán: Ernesto de Fragua - Ayudante: Luciano de Nimes CONVENTO RÍO NEGRO - Prior: Lotario - Pescador: Demes - Ayudante: Ezequiel - Monje: Roldán - Monje: Nazario TRIBU GUENOA - Chamana: Solstay - Traductora: Mia - Amiga: Nisay - Amiga: Mangil - Tribu charrúa: Sánná NAVE DE LA LUZ - La pequeña: Nay - Padrastro de Nay: Gnok - Redentor: Nay-Ak - Elegidos: Imhotep	BUENOS AYRES - Gobernador: Pedro Esteban Dávila - Ayudante y contable provisional de don Pedro: Honorio - Obispo: Marcial de la Sangre - Ama de llaves del obispo: Casilda - Ama de llaves del gobernador: Amaranta - Vendedora: Riana MONTEVIDEO - Madre: Lara - Hija mayor: Nidia - Hija pequeña: Quilintay - Hombre de Lara: Iris - Capitán del galeón: Padua - Amiga de Lara: Magsiaya - Tres hijas de Magsiaya: Lanti, Suaya, Zahiana - Pescador: Nohan MONJES DE ÁFRICA - Monje: Isidoro de Congosta - Monje: Tristán de Campos - Niño africano: KotaKelé PORTUGUESES - Hermano: don Celso Cosme - Hermana: Feiteicera da Lua OTROS - Anciano: Beltrán - Pantera genérico: Gnaie - Pantera de Quilintay: Niani

CAPÍTULO 1

La luna más oscura se abría entre grandes nubarrones. Había estado lloviendo toda la tarde en aquel lugar donde se temía la llegada del horror.

—Se están acercando —comentó Ignosay a su único hijo mientras lo miraba fijamente—. Es hora de prepararse para aceptar la voluntad de Guday. Solo ella aguarda nuestra noche última. Los seres de la luz ya están a su lado.

Este lo observaba en profundo silencio. El último gran chamán de su pueblo le estaba vaticinando el final.

En la espesura de la orilla norte del río Yi, unos cincuenta soldados de los llegados del otro lado del gran mar, se acercaban poco a poco; sabían que allí se encontraba el último poblado de los bohanes. Los demás habían caído y sido saqueados. Los acompañaba un monje portando la cruz del cristianismo.

El capitán de la expedición se abrió paso entre unos ramales para observar, en el pequeño claro de aquella selva, las chozas que incendiarían. Unas diez se alzaban con sus tejados de mimbre en un círculo alrededor de los restos de una hoguera. Podrían dar caza a hombres y mujeres.

Algunas de ellas, habían conseguido huir bajo el mandato de proteger a las dos nietas de Ignosay.

A la orden del capitán, los soldados cargaron sus arcabuces; sabían que, para ser eficaces y generar el pánico entre aquellos seres indefensos, debían alternarse en los disparos para que diera tiempo a recargar.

El grupo entró en la explanada disparando a todo lo que se movía. Ignosay salió de su choza al encuentro de aquellos hombres. Apaciguando su ira, inclinó con humildad la cabeza.

—¡Huid! —dijo en tono amable, dirigiéndose a sus gentes. Al ver las armas de fuego que portaban los cristianos, a su lado se colocó su hijo—. Yo los retendré unos instantes.

—¡Atentos! —gritó el capitán—. ¡Veamos qué quiere su jefe de tribu! —Los soldados se extendieron para controlar todos los espacios por donde pudieran moverse los indígenas, cercando por completo el poblado. Dejaron como única salida el río—. Buscamos el oro que cuelga de vuestro cuello —dijo dirigiéndose a Ignosay—. Todo ello pertenece a la Corona de España.

El anciano no entendía nada de lo que le estaba diciendo. Sus pequeños ojos y su enorme cabellera blanca que caía lacia hacia su espalda, le daban un aspecto humilde y pobre. A un gesto del capitán, uno de los guías nativos que los acompañaban se acercó para hacer de traductor.

—No portamos metales —respondió Ignosay—. Este es único —señaló al que llevaba puesto—. Pertenece a la madre Tierra y a la diosa Luna y nos fue entregado de manos de nuestros hermanos, los charrúas, hace ya muchas estaciones de intensa lluvia.

—Daremos muerte a todos tus hermanos e hijos si no nos dices de dónde lo habéis extraído —aseguró el capitán a través del traductor.

—El tiempo de la esperanza ha terminado con la inmensidad de vuestra avaricia —respondió el anciano, entrando en trance, mirándolo sin pestañear—. Toda luna cambiante os advertirá de que solo ella posee el don de ser nuestra diosa y a ella le pertenece nuestro anhelo de vida. Podréis darnos muerte, pero nunca cazaréis nuestro espíritu porque le pertenece a Guday, la diosa Luna, y a sus hijos, los seres de la luz.

De pronto, el guía se postró de rodillas frente al anciano ante el asombro de los cristianos.

—¿Qué haces, insensato? —preguntó enfadado el capitán.

—Él es el portador de la sabiduría —dijo sin levantar la cabeza del suelo—, el vínculo único con los dioses, nuestro valedor, el hijo de los habitantes celestes nacidos de Guday.

El capitán levantó la vista, llenó de aire con orgullo su pecho para dar la sensación de poder, miró fijamente al chamán.

—¿Conque tú eres el miserable brujo que tiene atrapado a todos estos estúpidos con sus letanías de dioses paganos?

—Soy el lado opuesto a tu ignorancia. Los llegados en la noche más oscura nos proporcionaron la sabiduría de la que tú y tus dioses malditos carecéis.

Se giró hacia uno de sus hombres.

—Dame el arma —le pidió. Después, se volvió de nuevo hacia Ignosay—. Vamos a matar a todos tus seguidores, a todo tu pueblo, si no nos dices dónde encontrar el lugar del que habéis extraído el oro.

Apuntó al pecho del chamán. Este levantó la cabeza para mirar al que parecía que iba a ser su asesino.

—Pertenece a mi pueblo, nada se te entregará —respondió.

El capitán apretó el gatillo.

Ignosay recibió un fuerte golpe en el pecho, pero aguantó de pie sin dejar de mirarlo. Bajando el arcabuz, el capitán sonreía a su víctima.

—¿Ya se te quitaron las ganas de hablar?

—Todos vosotros inclinaréis la rodilla ante la muerte que os aguarda, nada os salvará. Porque yo —vomitó sangre y se tambaleó—, os estaré esperando.

Su hijo trató de sujetarlo, pero cayó al suelo, muerto. Mientras, los dos guías indígenas que acompañaban al grupo salieron corriendo, despavoridos.

—Haced fuego contra esas ratas —ordenó el capitán.

Dos soldados se giraron y les dieron muerte.

—¿Qué ser os impulsa a hacer esto? —preguntó entre lágrimas el hijo, lleno de ira, mientras abrazaba el cuerpo sin vida de su padre.

El capitán desenvainó su espada y, acercándose donde estaban, de un tajo le cortó la cabeza.

—¡Basta de lloriqueos! —exclamó. Después, girándose hacia sus hombres, les ordenó—: ¡Matadlos a todos!

CAPÍTULO 2

La noche era clara y una luna grande embellecía el Atlántico con su reflejo incansable.

En mitad de la inmensa superficie marina se divisaba la isla de Santa Elena. Hacía ya muchos años desde que alguien la pisara. *Sir* James Lancaster la había habitado durante un corto tiempo. Él, en su viaje para la Compañía Británica de las Indias Orientales, había hecho escala en ella en dos ocasiones.

Su estancia había sido corta al descubrir que, a menudo, durante la noche el cielo se iluminaba con un resplandor casi cegador. En un principio pensó que se trataba de algún trozo solar que alcanzaba la tierra, pero al repetirse durante días, embarcó y huyó. La llamaba en los círculos de sus amigos «la isla de la luz al anochecer». Nunca más regresó a ella a pesar de navegar en más de una ocasión a una distancia en la que podía haberse acercado.

Pero habían pasado de todo aquello treinta años. El atolón seguía deshabitado, aunque se había generado una corriente de ánimo en Irlanda para que se asentaran allí colonos nuevos, incluso desde la corte británica se hablaba de utilizarla como prisión debido a las enormes distancias a cualquiera de los continentes.

Algunos marineros hablaban de que estaba hechizada, sin saber qué ocurría en aquella roca volcánica perdida entre las aguas.

Una noche más, el silencio habitaba aquellas tierras inhóspitas y abandonadas. De repente, una luz surcó el cielo, ajena a los ojos del mundo, e, iluminándolo todo, cayó suave sobre ella.

CAPÍTULO 3

Poco tiempo después yacían en el suelo una veintena de indígenas.

—Vosotros —dijo el capitán refiriéndose a una docena de sus hombres—, buscad supervivientes en las cercanías y traedlos aquí si los encontráis, que nos divirtamos un poco más. Estos han sido un rebaño de ovejas.

Salieron en busca de los que pudieran haber huido; la lluvia caída durante la tarde facilitaba seguir las huellas.

—Han pasado por aquí —comentó uno de ellos—. Por el tamaño de las marcas, diría que son varios niños y unas tres mujeres.

—Por aquí hay señales de unos tres hombres que deben ir corriendo por la longitud de sus pasos.

—Vayamos en busca de las mujeres —comentó en tono jocoso el primero—. Hombres muertos ya tenemos bastantes, y estas mujeres están vivas. Será placentero, antes de dárselas al capitán para que las ajusticie, que disfrutemos de ellas.

Todos rieron.

Apenas cien pasos más arriba llegaron a una loma en la que se podían ver varias grutas en su cara más vertical. Las huellas se dirigían hacia la cima bordeando una zona tupida de árboles.

—¡Salid de ahí! —gritó uno de ellos. Desde el interior de una de las cuevas surgió el llanto de un niño. El miedo en las mujeres se hizo pánico—. ¡Salid, maldita sea! —rugió desde la entrada de la gruta con más fuerza—. No quedará nadie con vida si no lo hacéis.

Nadie entendía las palabras de aquellos hombres, pero el miedo y los llantos de los niños los obligaron a salir.

Cuatro mujeres con unos diez niños salieron y se postraron de rodillas para que no les dieran muerte a ellas y a sus pequeños.

Enseguida, varios se abalanzaron por detrás. Levantando sus faldones, se dispusieron a violarlas ante la aterrorizada mirada de los niños. Una vez que todos hubieron satisfecho sus instintos de deseo, agarrándolas por los pelos tiraron de ellas para llevarlas hacia el poblado.

Llegaron ya de noche cerrada. Los hombres estaban sentados alrededor del fuego que habían encendido; asaban una pieza que acababan de matar.

—Hemos cazado a estas serpientes —se burló uno de ellos.

El capitán degustaba un trozo de pecarí. Se incorporó y se acercó a las tres mujeres. Las miró una por una de arriba abajo. Las dos primeras eran altas, jóvenes. Les tocó los pechos, la cintura, los muslos. Al llegar a la tercera, la miró desde arriba con total desprecio. Era pequeña y gruesa de cuerpo, con aspecto desaliñado por los tirones de pelo recibidos.

—¿Contigo qué puedo hacer? —preguntó sonriendo mientras limpiaba su cuchillo sobre el hombro de la mujer. Una vez limpio, se lo acercó a la garganta.

—Dejadme cuidar de mis hijas —suplicó ella entre dientes.

—No te entiendo, maldita asquerosa —le susurró al oído el capitán.

Dos de las niñas se acercaron a su madre y empezaron a llorar amargamente, suplicando el perdón. Las miró con desprecio y a la mayor la pateó para que se separaran. De pronto, la voz del monje interrumpió el momento.

—Es solo una mujer indefensa. Hoy ya hemos dado muerte a muchas, dejadla que sobreviva. El capitán del galeón que cruza el Atlántico me comentó que precisaba una sirvienta; tal vez esta mujer pueda servir a tal propósito. Para darle muerte siempre hay tiempo.

—¿Qué hacemos con estas dos? —preguntó el hombre que estaba a su lado.

—La muerte de toda esta maldita tribu —respondió el capitán—, me facilitará ser el nuevo gobernador del Río de la Plata; yo seré don Pedro Esteban, ahora que don Francisco Céspedes regresa a España. Si tal honor se me da, precisaré esclavas dóciles y atractivas para mantener calmados a los muchachos.

El monje seguía mirándolo, esperando una decisión sobre la mujer y sus dos hijas, las cuales seguían abrazadas a su madre, temiendo lo peor.

El capitán carraspeó, se agachó a tomar otro trozo del asado. Con tranquilidad se lo llevó a la boca sin dejar de mirar a las tres mujeres y a los niños.

—Tal vez —sonrió malicioso—, cuando lleguemos a presencia del gobernador sería bueno que vea pureza en nuestro corazón a llevar a nuestro lado, y con vida, a esas víboras y a todos esos engendros. Seguro que él y monseñor, nuestro querido obispo Marcial de la Sangre, nos lo agradecerán. Al amanecer partiremos de regreso.